

Ebba

Cien memorias bajo el acantilado

Luis Baizán



Safe Creative



Todos los derechos reservados

Editado por LDB, 2018

www.luisbaizan.com

Facebook: facebook.com/luisbaizanescriptor

Instagram: [luisbaizanescriptor](https://www.instagram.com/luisbaizanescriptor)

Twitter: [@luisbaizan](https://twitter.com/luisbaizan)

A quienes creen que todo está perdido.

Aquella mañana, Balandria parecía estar dormida. El eco de las olas apenas resonaba entre sus callejuelas, y el viento, que otros días ululaba con vigor, había desaparecido.

Caminé hasta el puerto y allí bajé a una de las barcazas. Me senté entre sus remos para respirar el mar. Todo se hallaba extraordinariamente en calma.

El cielo se reflejaba en el ponto hasta perderse sobre el horizonte.

Me recosté hacia un lado de la embarcación y saqué la cabeza hacia fuera, de modo que mi rostro se evidenciaba en el agua. Lo observé con detenimiento y después sonreí. Parecía verme en un espejo.

Unas burbujas subieron desde las profundidades, borrando el grabado de mis ojos en aquel cristal líquido. Algo estaba a punto de emerger. Quizá un pez, o un madero errante que vaga sin descanso hasta chocar con cualquier cosa.

Fuera lo que fuese, cada vez levantaba más burbujas. Y éstas, en lugar de desvanecerse, crecían en tamaño. Tanto como una calabaza bien madura. Una de ellas se levantó de las aguas y flotó en el aire alrededor de mi cabeza. Luego ascendió hasta perderse entre las nubes.

El borboteo se extendió en derredor de la falúa, meciéndola con suavidad de un lado a otro. El vaivén era tan agradable, que sentí ganas de cerrar los ojos y dormir. Pero estaba demasiado intrigado por la causa de aquellas burbujas.

Un cofre asomó en el lugar donde antes se dibujaba mi semblante. Los burbujeos desaparecieron.

Tomé la caja del agua. Pesaba poco. Pero algo palpitaba en su interior. Me hallaba ansioso por saber qué escondía.

Le di varias vueltas para encontrar alguna apertura, pero solo había un agujerito del tamaño de un botón.

No lo pensé dos veces. Seguro que podría abrir la caja moviendo algún mecanismo interno con las yemas de mis dedos.

En lugar de eso, me pinché con algo afilado.

— ¡Ay! — grité dolorido mientras retiraba la mano y el cofre caía al suelo de la barca.

La sangre brotó de mi dedo como si un puñal hubiera penetrado hasta el hueso. Las gotas se derramaron sobre la caja y esta se abrió de par en par. Había un libro dentro.

— ¿Cómo no lo he imaginado antes?— susurré mientras vendaba mi mano con una tela vieja.

El lomo del libro estaba lleno de musgo y algunas hojas sobresalían de dentro. Debía llevar mucho tiempo perdido allí abajo.

Lo saqué y abrí. Su primera página tenía una sola palabra: *Niedbras*. Pasé a la segunda hoja:

— *No veo nada. Una venda ciega mi vista. Tengo calor, hambre y sed. Escucho alaridos de sufrimiento a mi alrededor. Alguien me empuja. Ando con lentitud. Sigo una especie de paso que marca el ritmo de una procesión. No huele bien. Voy descalzo y el suelo retumba...*

Paré de leer, pero ya estaba dentro.

En efecto, me era imposible ver algo. Una tela envuelta sobre mi testa lo impedía. Así que llevé las manos hasta ella y me despojé de la misma.

— ¿Dónde estoy?— me pregunté a la vez que lo descubría por mis propios ojos.

Mi brazo estaba extendido hasta la mano de una joven, que también se hallaba vendada, como la multitud infinita que nos rodeaba.

Todos caminábamos hacia algún lugar. Descalzos.

— ¡Eh, mancebo!— me gritó una robusta figura a mis espaldas—. Colócate la venda de nuevo si no quieres que te cruce el espinazo de un latigazo.

Asustado obedecí. Pues había más como él alrededor del gentío que avanzaba en tropel y por parejas.

— ¿Quieres que nos maten a los dos?— preguntó la muchacha a mi lado.

— ¿A dónde nos llevan?

— Al lugar donde merecemos estar.

Los gritos desesperados de varios jóvenes a la izquierda golpearon mi estómago de miedo. Traté de mantener la calma. Esta sólo era una memoria más...

— Imagino que hemos enfadado a algún rey o decepcionado al señor de nuestras tierras...

— Yo sólo tomé un par de cabras de mi vecino— sentenció la muchacha—. Pero otros que vagan aquí han asesinado o robado alguna joya de alguien poderoso.

— ¿Se encuentra muy lejos el lugar dónde merecemos estar?— dudé con arrogancia—. Me arden las plantas de los pies.

— Será fácil saberlo— contestó ella—. Cuentan que la gente grita arrepentimiento al acercarse el final. Los continuos chillidos nos avisarán de que nos hallamos cerca...Aunque tú llevas quejándote desde que salimos de la aldea hace nueve días. No te hagas el valiente ahora.

— ¿Nueve días andando?— cuestioné sorprendido.

— Andando sólo ocho. Hemos parado un día para descansar...

La verdad es que me sentía como si una docena de bueyes hubiera pasado por encima de mis piernas. La fatiga era mucha y el hambre mayor.

— ¿Cómo te llamas?— le pregunté al rato.

— La sed te está secando los sesos...Es la cuarta vez que me lo preguntas.

Sin embargo, no recordaba su nombre. No recordaba nada...Pero era imposible que ella lo entendiera, por mucho que le explicara de dónde venía y que en realidad, solo estaba leyendo un libro.

— Necesito agua.

— Ya nos dieron ayer. Y dudo que volvamos a beber. No van a malgastarla sabiendo que esta noche moriremos igualmente...

— Espera un momento— manifesté sobresaltado—. ¿Morir?

— ¿Me estás tomando el pelo? Hubiera preferido un asno como pareja de viaje que un enfermo como tú. Seguro, además, que huele mejor.

No me ofendieron sus palabras porque el miedo ya se había apoderado de mí como el agua del río sobre los juncos de una orilla.

— Hay que salir de aquí. Tenemos que hacer algo. Somos muchos— declaré con desesperación—. Seguro que hay una forma.

— Hay dos legiones rodeando a los mil condenados. Te aseguro que hacen muy bien su trabajo. Tienen la panza llena y las fuerzas de un jabalí en celo.

— ¿Y si salimos corriendo? Con tanta gente, les será imposible alcanzarnos. Podemos intentarlo.

— Ya lo hiciste el primer día. Pero claro, es evidente que la memoria te falla...Tócate la oreja izquierda.

— ¡Mi oreja!—bramé de pánico al darme cuenta que no se hallaba en su lugar.

— Calma. Deja de gritar como un lechón de tres días.

— Pero no está— dije temblando.

— Uno de los custodios te la cortó para que no volvieras a salirte de las filas.

Un sudor frío recorrió mi espalda y comencé a respirar con dificultad. Jadeé mientras caminaba con torpeza. Aquella memoria debía terminar cuanto antes. Estaba sufriendo demasiado.

— No debería estar aquí— expuse—. Seguro que mis actos no han sido tan graves. Quizá no merezca el castigo que nos espera. El final que se acerca y que desconozco...

— Niedhras es un lugar maldito desde la antigüedad. Los abuelos de la aldea jamás se atrevieron a pronunciar su nombre porque todo lo que se pronuncia te alcanza. Pero nunca he creído tal estupidez. Me hallo aquí por la necesidad de llenar el buche con el sustento ajeno.

— ¿Pero qué he podido hacer yo?

— No importa ya lo que hayas hecho. Niedhras nos espera con los brazos abiertos. O mejor dicho, con las tripas abiertas. Tripas de fuego que jamás consumirán nuestro cuerpo.

Cerré los puños y me concentré para salir de allí. El libro me escupiría si lo ansiaba con todas mis ganas. Volvería al cálido vaivén de la barca y después refrescaría mi garganta con agua de la fuente.

Sin embargo, solo conseguí fatigarme más. Así que, resignado, continué la marcha en silencio.

Al cabo de un rato, sentí como la claridad del día descendía y comenzaba a hacer frío.

— ¿Oyes eso? ¿Los gemidos?— cuestionó la joven—. Ya estamos aquí.

En efecto, los gritos y quejidos eran cada vez más fuertes. Desgarraban el alma a cada instante. Los latidos de mi corazón se dispararon.

— ¡Quitaos las vendas a la señal del címbalo negro!— rugió un custodio de mala gana.

Apreté con fuerza la mano de mi compañera. Sentí desfallecer.

— Debe ser cómo caer en un pozo sin fondo mientras te quemas poco a poco— opinó ella—. Espero que mi conciencia se pierda pronto.

— Voy a intentarlo de nuevo...— musité mientras unas atronadoras campanas hacían mugir la tierra bajo nuestros pies—. Ya no tengo nada que perder. Correré con mi último aliento.

Me despojé de la venda y miré a mi alrededor. Había cientos de personas hacinadas en tumultos interminables. Todos miraban al frente con pavor.

Entonces descubrí Niedhras. Era inimaginablemente espantoso. O espantosa; una gigantesca boca con entrañas de fuego se abría en la ladera de una montaña de arena. Escupía llamas de un rojo tan intenso como la sangre de un orco adolescente. Además, eructaba tanta arena desde su interior cuando le arrojaban gente, que rociaba de granos nuestras caras.

Bajo las fauces descendía un desfiladero hasta donde nos encontrábamos. Se hallaba repleto de mujeres y hombres que subían sin descanso.

— ¡Avanzad en fila de a uno!— voceó un hombretón de ancha espalda que sostenía una lanza—. Las entrañas tienen hambre.

Cuando me di cuenta, mi compañera se había soltado de mi mano para obedecer la orden. Caminamos hasta el principio del paso. Hacía mucho calor y mi garganta estaba cada vez más seca. Olía a carne quemada.

— ¿Ebba?— titubeé después de que tal palabra brotara en mi cabeza.

— Has recordado mi nombre...— masculló la chica.

Y no solo había recordado su nombre, sino también la causa de mi viaje a Niedhras. Pero no era un motivo del que pudiera sentirme orgulloso. Más bien todo lo contrario. Entonces comprendí que merecía estar allí, ascendiendo por la pendiente junto a los demás.

— Tenías razón— dije apesadumbrado.

— ¿Sobre qué?

— Soy muy culpable de mis hechos y la pena es justa.

— No te angusties, pronto acabará todo.

Cuando nos hallábamos a menos de veinte pasos, observé la horrible boca. El fuego salía y entraba de ella con forma de tentáculos. Abrazaba a la gente y los engullía hacia la garganta.

— Gracias— susurré a la joven mientras acariciaba su hombro.

Ella extendió su brazo y me tendió la mano. La agarré con vigor. Contemplé su rostro, lleno de arena, y dos lágrimas recorrieron sus mejillas.

Solo teníamos a tres personas por delante. No tardaron en caer dentro de las llamas.

— ¡Tu turno, muchacha!— gritó un último custodio a cinco pasos de Niedhras—. Es hora de tu pago.

Ebba soltó mi mano y se encaminó hacia las fauces. Volví el rostro. No estaba dispuesto a ver cómo se consumía.

Pero entonces una luz abrió los cielos, rasgando las nubes que oscurecían la noche, y cegó nuestra vista. Todos caímos de rodillas.

Aquella luz tomó forma humana. Su rostro era bello y puro, pero inexplicable.

Descendió hasta Ebba, que parecía dormida, y la tomó entre sus brazos. Luego regresó a los cielos.

Y cuando estuvo en lo más alto, exigió a Niedhras que cerrara la boca para siempre.

La montaña se estremeció para cumplir con el mandato.

Las legiones huyeron al ver tal prodigio y nos postramos hacia la figura de luz, que se extendió hacia los confines para transformar la noche en día. Después, fuentes de agua cayeron del cielo y refrescaron nuestras almas.

Sonreí. Lloré de alegría. Cerré los ojos.

Al abrirlos, me encontré en la barca. Con el libro abierto en su última página.

— *Y todo era bueno*— acabé de leer.

Cerré la memoria y la tiré de nuevo al mar.

Salí de la embarcación. Tomé mi bolsa y anduve hasta la entrada de la ciudad.

Antes de irme, un día más, volví la vista hacia sus calles y respiré satisfecho.

— Gracias, Balandria— murmuré.

Ebba.

Relato V de **Cien memorias bajo el acantilado**.

Si te ha gustado este relato, puedes encontrar más, y gratis en mi web:

www.luisbaizan.com

Que el destino te sea grato.

